Gran Guignol

Sabotage

Drama en un acto

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

SABOTAGE

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

—

Queda prohibida la venta de este ejemplar.

La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las compañías que la representen en España.

403/4

TEATRO GRAN GUIGNOL

SABOTAGE

DRAMA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

Hellen, Valclós y Pol D'Estoc

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

Enrique Arroyo y Carlos Dotesio

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL, de Madrid, el
27 Diciembre de 1912

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONÁJES	ACTORES
ANGELA	Srta. Valdivia
SEÑORA RAUBE.	Sra. Tejada
PEDRO CHAGNEAU	Sr. Domínguez
DOCTOR MARGY	» Aguado
JUANITO (niño de 5 años)	

LA ACCIÓN EN PARÍS ÉPOCA ACTUAL

ACTO UNICO

Habitación de aspecto humilde. Puertas al foro izquierda y laterales derecha e izquierda. Al fondo derecha una ventana. En el centro izquierda una pequeña mesa redonda. A la izquierda una cama de niño que se colocará contraria al público, o sea, la cabecera hacia el proscenio y los pies hacia el foro. La escena iluminada por una lámpara eléctrica, con pantalla, que pende del techo y viene a dar sobre la mesa. Son las nueve de la noche.

ESCENA I

PEDRO, ANGELA y JUANITO

Aparece Juanito acostado en su cama; Pedro sentado a horcajadas sobre una silla, lee un periódico, que luego dobla lentamente mientras Angela, junto al lecho, observa con ansiedad al niño. Pedro se levanta y se acerca a la cama del niño, andando de puntillas.

PED. ¿Duerme?

ANG. No. Fíjate qué abiertos tiene los ojos... ¡Cómo nos mira!

PED. Sí. Está mucho mejor.

ANG. Creo que ha desaparecido el peligro. (Suspirando.) ¡Gracias a Dios!

PED. La verdad es que hoy no parece el mismo. La mejoría comenzó esta mañana, al poco rato de inyectarle el suero ¿Te fijástes?..

Spanish

Tenía antes una respiración tan fatigosa...

ANG. Me estremezco al recordar aquel ronquido que me horrorizaba. Hubo un momento que creí perderle para siempre... ¡Se ahogaba!... El pobre, ya ni nos conocía. (Inclinándose sobre la cama.) ¡Juanín!... ¿Estás mejor?... ¿Ya no te duele? ¿Verdad, angel mío?

PED. Mira, deja al chico... bien sabes que no puede contestarte... Y ahora procura tener un poco más de calma, porque cuidado que sois alarmistas las mujeres... La gravedad ha existido; te confieso que yo también empezaba a desconfiar, pero sabía ocultar mi pena... ¡Mira!... ¡Qué ojazos tiene!... ¡Qué vivos!

ANG. Parece que le brillan demasiado... ¿Irá a repetirle la calentura?... (Solloza.) ¡Hijo mío! ¡Qué miedo he pasado de que nos lo llevase Dios!

PED. No, mujer. El médico y las medicinas han podido más en esta ocasión.

ANG. ¡Calla, descreídote!

PED. ¿No es eso cierto?

ANG. (Imponiéndole silencio.) ¡Chist! ¡Que se ha quedado dormidito!

PED. Dejémosle descansar. (Separándose de la cama.) Tengo unos deseos de volver a verle como antes. Agitarse de un lado a otro... jugar...

ANG. Cuando eso suceda, que será muy pronto, ¡qué felices vamos a ser! Yo con mi trabajo, bordando... algo puedo ayudarte... Y tú, en la fábrica con el tuyo... ¡Vamos que no tenemos motivos de queja! ¡Hasta la Compañía ha construído estas casas para sus obreros!... Te digo que casi parecemos unos burgueses!

PED. Para eso nos falta lo principal... que es el dinero.

ANG. No podemos quejarnos, Pedro.

PED. Pues yo sostengo que la Compañía ha hecho muy poco por su personal. ¡Pero

ya se la obligará! ¡No faltaba más! Y entonces, sino como burgueses, viviremos como tienen derecho a vivir los que no son ricos.

ANG. Oye, si lográsemos algunas economías, alquilaríamos una casita en las afueras.

PED. Con su jardín.

ANG. Y con muchas flores. ¡Con lo que a mí me gustan las flores!... Y ya verías qué bien se pondría allí nuestro Juanín. (Mira hacia la cama.) ¡Cómo duerme!... ¡Chist! No hagas ruido.

PED. (Que se habrá levantado.) Bueno, puesto que el chico está mejor, voy a salir un rato.

ANG. Sí, hombre; por lo menos que te dé algo el aire. Llevas dos días encerrado en casa.

PED. En casa o en la fábrica, que es lo mismo. ¿No tienes miedo de quedarte sola?

ANG. No. Ya ves que el niño sigue mejor. Anda, sal... porque resulta que me pongo nerviosa viéndote pasear por la habitación como si fueras un león enjaulado.

PED. Gracias por la comparación, mujer.

ANG. Dime. ¿Continúan las reuniones en el Sindicato obrero?

PED. No faltaba más. Y reuniones muy importantes. Ya tenía que haber ido por allí... pero la enfermedad de Juanito...

ANG. ¿Vas a ir ahora?

PED. Es preciso. El comité de huelga se propone adoptar esta misma noche una resolución radical, y si yo faltase, no estaría bien visto por los compañeros.

ANG. ¡Los compañeros!... Poco puede importarte su opinión. Tú no necesitas que nadie te aconseje, pero si habías de hacerme caso, te diría que no fueras.

PED. ¿Por qué?

ANG. Porque comienzan a considerarte como un agitador. Has hablado en varios mitins, y seguramente nada de eso ignoran en la Compañía. Créeme Pedro... Si ocurriese

algo desagradable tú serías la primera víctima... y entonces... ¡pobres de nosotros!... con el niño enfermo.

PED. Es verdad, mas si todos razonasen de la misma manera que tú, no adelantaríamos un paso.

ANG. Que lo hagan los demás.

PED. Eso que importa. Porque supimos pedir, porque nos rebelamos una vez... logramos arrancarles algunas concesiones, bien pocas... ¿Tú te figuras que si no lo hubiéramos hecho así, ahora disfrutaríamos de ellas?

ANG. Si yo no me quejo.

PED. Tú no. Pero hay muchos que sufren, que padecen y a ellos debemos ayudar. Ahora es cuando necesitamos insistir en nuestras aspiraciones!... ¡Si confías en la filantropía de los patronos!... ¡Su filantropía!... ¡Bah!.., ¡Me marcho!...

ANG. Pedro... Si vas al Sindicato, créeme, no hables... no te comprometas...

PED. En el Sindicato sobran charlatanes para discursear. Hasta ahora todo se ha reducido a soltar palabras y palabras, sin ningún resultado práctico. ¡Veremos si esta noche se deciden! (Va a besar al niño,)

ANG. No, no le beses. Vas a interrumpirle el sueño, pinchándole con ese bigotazo.

PED. ¡Vamos... que a ti... ese bigotazo, no te parece mal! (La besa.)

ANG. (Rechazándole cariñosamente.) ¡Anda! ¡Anda!

PED. ¡Bueno!... Hasta luego.

ANG. Adiós. No tardes mucho. (Pedro sale por la puerta del foro derecha. Angela se dirige a la cama del niño y queda contemplándole. Pequeña pausa.)

ESCENA II

ANGELA y la SEÑORA RAUBE

RAUB. (Entrando.) Como he visto salir a tu marido, y como te quedas sola con el chico enfermo, vengo a hacerte un rato de compañía.

ANG. Gracias, señora Raube. Usted siempre tan cariñosa. Diga usted. ¿Qué tal encuentra al niño?

RAUB. (Aproximándose.) Tiene buen aspecto... ¿Duerme, verdad?

ANG. Sí, señora. Por eso Pedro se ha atrevido a salir un momento.

RAUB. ¿Qué ha dicho el médico?

ANG. Que si durante todo el dia no se presenta ninguna complicación, lo consideraba salvado. Después ya será cuestión de tiempo...

RAUB. ¡Los pobrecitos quedan tan débiles!

ANG. Si viera usted lo que he sufrido, cuando el Doctor le aplicó la inyección esta mañana.

RAUB. Desgraciadamente sé lo que es eso. Tuve a mi hijo tan enfermo, que sabe Dios que creí quedarme sin él.

ANG. ¿Verdad que sí... que se les pasa?

RAUB. Claro mujer. ¿Quién diría al ver ahora a mi Ernesto, que estuvo a la muerte, cuando tenía doce años?

ANG. Lo que yo daría porque mi hijo tuviera la edad del suyo...

RAUB. Todo llega...

ANG. ¡Sí, pero hasta entonces!... ¡Cuántos desvelos!

RAUB. Vosotros si no fuera por esa pícara enfermedad, debíais estar contentos de la suerte.

ANG. Mi marido no es de su opinión, señora Raube.

RAUB. ¿Sigue sorbiéndole el seso la política?

ANG. Siempre está metido en el Sindicato.

RAUB. Todos parecen cortados por el mismo patrón. El mío, lo llevaba en la sangre, según él.

ANG. Si atendiese mis observaciones, se dejaría de trifulcas y huelgas.

RAUB. ¡Bah! Más peligroso que el Sindicato, resulta siempre la taberna.

ANG. (Alarmada.) ¡Escuche! ¡Señora Raube!... ¡Escuche!... ¡Parece que respira con más dificultad!

RAUB. No... son aprensiones tuyas.

ANG. No, escuche usted bien... ¿No percibe usted como un silbido?

RAUB. (Pequeña pausa.) Es verdad... ¿Tiene que venir el médico?

ANG. No. Pero dejó el encargo de que si ocurriese alguna novedad se le avisara en seguida. (Junto al lecho.) ¡Fíjese, señora Raube!... ¡Mírelo bien!... ¿Verdad que no parece el mismo de hace unos instantes?

RAUB. Vamos, no te alarmes...

ANG. ¡Está peor!... ¡Señora Raube!... ¡Está peor!...

RAUB. No, hija mía. No.

ANG. ¡Sí! ¡Mire usted como agita sus manecitas!.. ¡Oh!... ¡Aumenta la fiebre!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

RAUB. ¿Quieres que vaya a avisar al médico?

ANG. Sí... Sí... Se lo suplico. Vive en la casa de enfrente. Ya lo sabe.

RAUB. Sí, ya sé. Vuelvo enseguida. (Sale por la puerta del foro derecha.)

ESCENA III

ANGELA sola

ANG. El Doctor dijo, que no saldría de casa en toda la noche... ¡Sí!... ¡La fiebre aumenta!... ¡Tiene el rostro encendido!... ¡Hijo de mi alma!... ¡Y su padre sin estar aquí!... ¡No debí dejarle salir!... ¿Qué hacer, Dios mío!... ¡Juanín!... ¡Rico mío!... ¿Qué tienes?... ¿Dónde te duele?... ¡Juanín!... ¡Soy mamá!... ¡Tu mamaíta!... ¡No me conoce!... ¡No me conoce!...

ESCENA IV

ANGELA y la SEÑORA RAUBE

Entra la señora Raube, Angela corre a su encuentro.

ANG. ¿Qué? ¿Estaba en casa?

RAUB. Me lo encontré en la calle. Viene en seguida. El tiempo preciso para recoger todo lo necesario y...

ANG. (Interrumpiéndola.) ¿Todo lo necesario?

RAUB. Bueno, quiero decir... el estuche... de... ¡Pero muchacha, no te pongas así! Yo creo que no tiene la importancia que tú te figuras... Me preguntó por el estado del niño... Cuando se lo expliqué me encargó que tuviésemos preparada agua hervida, paños limpios y... mira, no recuerdo que más me dijo...

ANG. ¿Pero qué querrá hacerle?

RAUB. No sé. Quizás aplicarle otra inyección. Los médicos, ya sabes, son muy fantasiosos;

y no hacen más que pedir muchas cosas... Bueno... ¿Hay agua hervida?

ANG. La puse a la lumbre hace rato.

(La señora Raube va a la cocina, puerta lateral derecha y vuelve luego.)

RAUB. Sí, ya ha roto a hervir. Oye... ¿Y los paños?

ANG. Tenga usted. (Le da una llave.) Abra usted ese armario. Ahí están. ¡Pobre hijo mío! (Se percibe la respiración del niño que se agita en el lecho.) Para que se enfríe ponga usted la cazuela en el barreño.

RAUB. Voy. (Entra en la cocina y dice desde dentro.) ¿Tu marido supongo que no tardará?

ANG. No, espero que no. Me prometió que volvería enseguida. (La señora Raube vuelve a entrar en escena.)

ANG. El que se retrasa es el Doctor. Y eso que por nosotros demuestra un interés grandísimo. ¡Dios se lo pague!

RAUB. ¡Es muy bueno!

ANG. ¡Chist!... Me parece que sube.

RAUB. Sí. Es él. (Abre la puerta.)

ESCENA V

Dichas y el DOCTOR MARGY

ANG. (Yendo a su encuentro.) ¡Doctor!

DOCTOR (Deteniéndose un momento.) ¿Cómo sigue?

ANG. No lo sé... Tengo mucho miedo.

DOCTOR Veamos... (Se acerca al lecho y escucha la respiración del niño.) Respira con dificultad... Hay gran opresión... El suero no ha producido el efecto que yo esperaba. Tendremos que recurrir a otros medios.

ANG. (Alarmadísima.) ¿Qué va usted a hacer, Doctor?

DOCTOR (Muy conciso y apremiante, como un hombre que comprende que no hay instante que perder.) No se

alarme usted, señora... Su hijo respira mal, y es preciso remediarlo, sin perder momento. Después podremos aguardar a que el suero produzca sus efectos.

ANG. ¿Va usted a operarle?

DOCTOR Sí. ¿Está preparada el agua hervida?

RAUB. Sí, señor.

DOCTOR Tráigala. Y también una palangana. ¿Los paños?...

RAUB. Aquí están.

ANG. ¿Va usted a hacerle esa operación que se llama?...

DOCTOR El nombre poco importa... Pero sobre todo no se asuste.

ANG. ¿Entonces, Doctor, mi hijo está perdido?

DOCTOR No, mujer. No piense usted tal cosa.

RAUB. El Doctor te lo salvará, Angela. ¿No curó a mi Ernesto, y estaba tan grave como el tuyo? ¿No es cierto, Doctor?

DOCTOR (Impaciente.) Sí... sí... El algodón... ¿Dónde está?

RAUB. Aquí hay dos paquetes.

DOCTOR Perfectamente. (A Angela.) Ahora, señora, sea usted razonable. Convendría que usted se retirara.

ANG. ¿No puedo quedarme?

DOCTOR No es conveniente. Además, yo necesito tranquilidad para lo que he de hacer. Retírese y tenga un poco de calma hasta que yo la llame.

ANG. ¿Le va usted a hacer mucho daño?

DOCTOR La operación será rápida y poco dolorosa. (Angela va a besar al niño. El Doctor la aparta cariñosamente.) ¡No le bese! ¡No es conveniente!

ANG. ¿Me promete que no le hará mucho daño?

DOCTOR Tenga usted confianza en mí, señora. (Angela se va por la puerta de la derecha.) Bueno, ahora nosotros.

ESCENA VI

EL DOCTOR MARGY y la SEÑORA RAUBE

El Doctor, apresuradamente, se dirige a la mesa sobre la que está el estuche. Se percibe la respiración del niño cada vez más anhelante y estertórea.

RAUB. Entonces... ¿lo del chico es grave?

DOCTOR Muy grave.

RAUB. ¡Pobre criatura! ¡Cuando pienso que la pobre Angela!...

DOCTOR (Interrumpiéndola.) Vamos, señora. Si queremos salvar al niño no ha de ser con lamentaciones. Ayúdeme usted. Extienda uno de esos paños sobre la mesa. (Mientras la señora Raube lo hace, el Doctor con rapidez se saca la americana y los puños que deja sobre una silla. Después se recoge las mangas de la camisa por encima del codo.) La palangana y el agua.

RAUB. ¿Agua?

DOCTOR Sí, en un jarro. (Después de abrir el estuche se aproxima al lecho y vuelve a la mesa, donde la señora Raube habrá dejado la palangana y poniendo sobre ella las manos, dice:) Tenga la bondad de echar agua. (La señora Raube lo hace. El Doctor se jabona las manos.) No eche usted más, gracias. Deme usted el algodón. ¡Eh! no toque usted el algodón con los dedos... Ahora, hágame el favor de traer un tazón y un plato.

RAUB. ¿Los lavo?

DOCTOR No. ¿Hay alcohol? (La señora Raube ha colocado el plato y el tazón sobre la mesa.)

RAUB. Sí, señor. Aquí hay una botella. (La coge del armario.)

DOCTOR (Después de lavadas las manos, las mantiene en alto para evitar el contacto, mientras con un gesto indica a la señora Raube el tazón y el plato.) Eche usted un poco. Bueno, basta. Encienda.

RAUB. No sé dónde estarán las cerillas.

DOCTOR En el bolsillo de mi americana, debe haber una caja. (La señora Raube enciende el alcohol en el plato y vuelve a dejar las cerillas en la americana.) Muy bien. Eche alcohol en las manos. Perfectamente. Ahora deme un paquete de algodón.

RAUB. Tenga usted. (El Doctor con rapidez coge varios trozos de algodón, los moja en el agua y después de exprimirlos los coloca en el plato. Frota la pastilla de jabón en uno de ellos, y acercándose al niño le lava la garganta. También lo hace con alcohol, que echa la señora Raube.)

DOCTOR (Hablando al niño.) No, no es nada, monín. Ahora has de ser muy bueno y estarte quietecito. No te haré daño... A los niños guapos como tú... no se les hace nunca daño. (Mientras le jabona.) Incorpórelo un poco. (A la señora Raube.) Así. Tenga la bondad de echarme un poco de agua en las manos. Ahora aproxime usted más esa luz. Más cerca. Tire usted del cable y colóquese aquí. (Todo esto muy rápido.)

RAUB. ¡Doctor! (Muy inquieta.) ¡Parece que no respira!

DOCTOR (Entre dientes.) ¡No hay tiempo que perder! (Coge un bisturí del estuche y se dirige al lecho inclinándose sobre el niño.)

RAUB. (Sosteniendo la luz.) ¡Oh! ¡Qué horror! (Vuelve la cabeza.)

DOCTOR ¡Señora! ¡Por favor, alumbre! ¡Necesito ver bien lo que hago!... (En este momento se apaga la luz, quedando a obscuras la escena.) ¡Ira del cielo!... ¿Qué pasa?... ¿Se ha roto el cable?

RAUB. ¡No sé, Doctor!

DOCTOR ¿Qué diablo ha sido entonces? ¡Pronto! ¡Una luz! ¡Y en plena operación!

RAUB. ¡Avisaré a Angela!

DOCTOR ¡Sí, llame! ¡Pronto!

RAUB. ¡Angela! ¡Angela!

ESCENA VII

Dichos y ANGELA

ANG. (Desolada.) ¿Qué sucede? ¡Mi hijo!

DOCTOR ¡Se ha apagado la luz! ¡Pronto! ¡Una lámpara... una vela... lo que fuere!... ¡Pero en seguida!... ¡Por su hijo!

ANG. ¡Hijo mío!

RAUB. ¡Las cerillas! ¿Dónde están?

DOCTOR Sobre la mesa. Traiga usted. (La señora Raube las busca a tientas, tropezando con un jarro de cristal que rompe.) ¡Ira del cielo! ¡Todo se va a perder! (La señora Raube recuerda que guardó las cerillas en la americana del Doctor, las saca y enciende la vela que tiene Angela entre sus manos temblorosas. Las dos se acercan al lecho. El Doctor Margy de pie, inmóvil de cara al público y junto al lecho, oculta el cuerpo del niño.)

ANG. (Enloquecida. Grito.) ¡Ah! ¡Doctor! ¿Esa sangre?

DOCTOR ¡No mire usted! ¡Se lo ruego! (A la señora Raube.) Deme usted el algodón. (La señora Raube se lo entrega. El Doctor, con un trozo, limpia la sangre del cuerpo del niño.)

ANG. ¡Doctor! ¡Hable usted! ¿No me ha dicho usted nada?... ¿Qué ha pasado?... ¡Quiero saber la verdad!... ¡La verdad!... ¿Mi hijo?...

DOCTOR ¡Vamos!... ¡Valor!... (Fuera se oye cantar «La Internacional.»

ESCENA ULTIMA

Dichos, luego PEDRO

(Mientras Angela solloza convulsivamente y pronuncia palabras inarticuladas, la señora Raube enciende otra vela que coloca sobre la mesa; luego pone en or-

den la habitación. El Doctor se ha puesto la americana y queda un momento inmóvil antes de salir. Fuera, y dominando un vago rumor, se oye confusamente «La Internacional.» Un momento de silencio, en que se perciben los pasos de Pedro al subir la escalera. Después, aparece en el dintel de la puerta.)

PED. (Entrando.) ¡Ah, esto vale más que todas las huelgas! ¡El sabotage!... ¡París está a obscuras!... ¡Y yo he sido quien ha parado los motores!...

DOCTOR ¿Usted?...

PED. (Con orgullo.) ¡Yo! ¡Yo sólo! (El Doctor, con un gesto, le muestra el cuerpo del niño.) (Comenzando a comprender.) ¡¡Eh!!... (Horrorizado.) ¿Pero?...

ANG. (Con desesperación.) ¡Nuestro hijito ha muerto!... ¡Y tú le has matado!... ¡¡Tú!!...

TELÓN

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE ENRIQUE ARROYO

La divette, monólogo con música del maestro Quislant, Teatro do Infante, de Lisboa.

El torerillo, apropósito en verso y prosa. Teatro Eslava, de Madrid.

¡Fotografías de exposición!, juguete cómico en un acto, original y en prosa. Teatro de la Princesa, de Madrid.

¡Hule!, entremés lírico-taurino, música de los maestros Lleó y Calleja. (Segunda edición.) Teatro de la Zarzuela, de Madrid.

El comisario de policía, caricatura en tres actos, traducida del portugués. Teatro Moderno, de Madrid.

Antes del estreno, monólogo. Salón Variedades, de Madrid.

La reina del couplet, zarzuela en un acto, dividida en cinco cuadros, música del maestro Foglietti. (Segunda edición.) Teatro Cómico, de Madrid.

¡Billetes falsos!, juguete cómico en un acto, original y en prosa. Teatro Tívoli, de Barcelona.

Cartas de novios, escena andaluza, original y en prosa. (Segunda edición.) Teatro de la Princesa, de Madrid.

León... Pérez y García, juguete cómico en un acto y en prosa. Coliseo Imperial, de Madrid.

Flores de Huerta, boceto dramático en un acto y en prosa, original. Coliseo Imperial, de Madrid.

Justos por pecadores, juguete cómico en un acto. Teatro Romea, de Madrid.

Huyendo del nido, juguete cómico en tres actos, arreglado al castellano. Salón Nacional, de Madrid.

La domadora, juguete cómico-lírico, música del maestro Crespo. Teatro de La Latina, de Madrid.

La Babucha de Mahoma, pasatienpo en un acto y cuatro cuadros, original, música del maestro Crespo. Teatro de La Latina, de Madrid.

Lo que debe saber la mujer, monólogo cómico.

«*Abierta toda la noche*», sainete en un acto, música de los maestros Quislant y Badía. Teatro del Duque, de Sevilla.

Sabotage, drama, en un acto, traducido del francés. Coliseo Imperial, de Madrid.

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno.
El Rey
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal.
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda

Seguirá la obra

MAGDA

Drama en cuatro actos, original de

HERMANN SUDERMANN

versión española por Carlos Costa y José M.ª Jordá

3 0112 115873884

Precio: UNA peseta